

ALTUNA, B. *Una historia moral del rostro*, Valencia, Pre-Textos. 2010. 297 pp.

Desde “espejito, espejito” pasando por “conócete a ti mismo”, echando un vistazo a Oscar Wilde y su “Retrato de Dorian Grey”, y terminando con el Dr. Paul Ekman, el rostro, las emociones y las emociones reflejadas en el rostro han recorrido un largo camino. *Una historia Moral del rostro* de Belén Altuna, ha intentando -y logrado con creces- dar cuenta de ello.

La autora analiza de manera minuciosa desde distintos enfoques las cualidades del rostro como medio de comunicación y expresión de emociones.

La cara es el espejo del alma, en el que se reflejan las emociones, las virtudes y hasta los valores.

Nuestro reflejo es aquello que creemos que somos, los espejos son nuestros mayores delatores y también, por qué no, nuestros encubridores. Desde Narciso, perdiéndose en su propio reflejo, a Perseo, obligando a Medusa a petrificarse con su propia imagen, el espejo ha sido y será lo que nos muestra eso que no podemos ver de nosotros mismos: Nuestro rostro.

La autora, al abordar la cuestión del ser, –“no hay solo que serlo, sino también parecerlo”–, hace que sintamos la necesidad de pensar que somos un todo, una unidad indisoluble y por ello nuestro interior se lee en lo único externo expuesto que tenemos: el rostro. Estamos, en cierta forma, desnudos ante los demás.

Leer los rostros, como bien expresa Belén Altuna, ha sido una fascinación en todos los tiempos, una fascinación que nos persigue y probablemente no nos deje nunca. El ser humano es un misterio, y nos cuestionan todas sus posibles aristas.

La belleza, el bien y la verdad, metafísicamente unidas, nos hacen creer que en un rostro bello hay bondad y verdad. Nuestros juicios estéticos están ligados a juicios morales subyacentes: La malvada madrastra de Blancanieves se convierte en una mujer anciana desagradable. ¿Por qué? ¿El hecho de su fealdad nos remite, ya desde niños, a la maldad? O, por el contrario, ¿aquello que es extremadamente feo y desagradable esconde un interior virtuoso, como en el caso de *La bella y la bestia*?

Nuestro rostro es nuestra carta de presentación ante el mundo, nos hace

únicos, crea nuestra identidad y, a pesar de ello, en muchos casos, queremos cambiar, “parecernos a otro rostro”.

Puede suceder también que nos quedemos sin rostro, que seamos parte de una masa donde no se distinga lo auténtico, lo individual. Los totalitarismos, como plantea la autora, se encargan de borrar o deshumanizar los rostros que quiere aniquilar.

Por otra parte, la publicidad, los medios de comunicación, como también las ONGs, los partidos políticos, nos inundan y nos interpelan desde todos los ángulos de nuestra vida y lo hacen con muchos rostros, rostros que se nos asemejan. Necesitamos verlos para dotarlos de dignidad. Quizás sea por ello que nos es más fácil ser solidarios con aquellas caras que vemos que con las que no.

Aprender a leer rostros no es tarea fácil, pero nos entrenamos desde pequeños, y muchas veces intuitivamente tenemos la certeza de que lo hemos hecho bien. Belén Altuna nos alienta a seguir descubriendo las infinitas posibilidades que nos da esa lectura.

Finalmente, nuestros rostros están ahí para el otro, un otro que también tiene rostro y que también refleja en su desnudez todo aquello que las palabras no siempre pueden expresar, y quizás, por qué no, algún vestigio de nuestra alma.

Gabriela Reggiani  
Universidad Nacional de la Plata